



No.137 / Julio 2011

A raíz de la publicación, en la revista arquidiocesana Palabra Nueva, de una entrevista a Carlos Saladrigas (importante empresario cubano radicado en Estados Unidos) se ha suscitado un interesante debate en la revista digital Progreso Semanal entorno a sus propuestas. Espacio Laical compartirá con sus lectores el debate de ideas que está teniendo lugar en torno a este tema.

Las propuestas de Carlos Saladrigas para Cuba **Por Jesús Arbolea Cervera**

He leído la entrevista que Carlos Saladrigas concediera a la revista *Palabra Nueva* del arzobispado cubano, la cual [Progreso Semanal](#) reprodujo recientemente, y me animo a comentarla.

Estoy al tanto que se trata de un empresario importante, con influencia en Estados Unidos y tengo entendido que sus posiciones políticas lo ubican dentro de la llamada “tendencia moderada del exilio”, aunque tal definición no deja claro si la moderación está referida a los métodos o los fines que se persiguen. De cualquier manera, no veo razones para dudar de las buenas intenciones que animan sus propuestas, el asunto sería calcular su factibilidad, en el contexto cubano actual y el estado de las relaciones con Estados Unidos.

Concebido, en esencia, como un proyecto de equidad social que se contrapone al capitalismo, en Cuba fue implantado el socialismo hace 50 años y solo la existencia de un apoyo popular muy generalizado, explica su capacidad para sobrevivir los embates sufridos en esta media centuria. Parto entonces de esta voluntad popular demostrada, como punto de partida para el análisis.

Resultará muy difícil a Saladrigas y sus colegas convencer a los cubanos que defendemos la conservación del socialismo, que los empresarios privados, sean nacionales o extranjeros, serán nuestros “salvadores”. Al menos, la historia no recoge ningún caso donde los capitalistas se hayan convertido en constructores del socialismo y tampoco creo que intentarlo sea lo que ellos pretenden. Estamos, por tanto, en presencia de una diferencia ideológica básica, la cual no es óbice para que ambas partes dialoguen, pero resulta sano reconocerla, si se aspira avanzar en un clima de sinceridad.

Tampoco resulta muy convincente su apreciación sobre las virtudes del mercado. A pesar de las enseñanzas de la crisis económica actual, se nos pide que aceptemos como infalible lo que cualquier persona razonable se cuestiona. De hecho, el mundo anda revuelto por culpa del mercado, las ideas del socialismo nunca antes han tenido más vigencia en América Latina y hasta en Estados Unidos ha sido necesaria la intervención del Estado, para resolver los entuertos generados por el neoliberalismo.

Eso no quiere decir que el sistema socialista cubano no tenga que aprender a convivir con los empresarios privados. En realidad, ello constituye un dilema histórico del socialismo y, desde Lenin hasta Fidel Castro, se ha tratado de encontrar fórmulas que concilien o, al menos atenúen, lo que constituye una contradicción inevitable, debido a las condiciones objetivas que influyen en su implantación.

Es cierto que en Cuba se ha intentado en varias ocasiones obviar esta realidad y las consecuencias para la economía no han resultado alentadoras. Pero, también, gracias a este sistema igualitario – a veces excesivo –, ha sido posible articular el consenso nacional y se han alcanzado logros sociales reconocidos mundialmente. Quizás, el más relevante, un desarrollo humano que el propio Saladrigas dice admirar.

Más que una ortodoxia doctrinal, fue la necesidad de enfrentar la agresión externa, especialmente de Estados Unidos, la que ha determinado las formas de la economía y la política cubana. Como dijo el Che, la Revolución cubana ha sido, en buena medida, una revolución de contragolpe, por lo que resulta constructiva la crítica a la política norteamericana que se infiere de las declaraciones de Saladrigas.

Tal experiencia ha dado lugar a una cultura igualitaria, vinculada lógicamente al mantenimiento del socialismo, a la cual tendrá que adaptarse cualquier propuesta de reforma que pretenda gozar de consenso en la población. Como quedó demostrado en las recientes asambleas, lo que la mayoría de la gente pide es más socialismo y no existe un rechazo ideológico de las autoridades a concederlo, solo que la economía resulta incapaz de financiarlo en las condiciones actuales. De ahí que los cambios más importantes adoptados no son los que destaca Saladrigas, sino los relacionados con la propia gestión empresarial socialista y, en tal sentido, sus preocupaciones respecto al funcionamiento de la economía cubana, resultan absolutamente pertinentes en el debate donde millones de cubanos estamos participando. A nosotros también nos preocupa la falta de productividad y creatividad de la economía, el rechazo insensato al trabajo por cuenta propia, las incongruencias del marco legal, los problemas de la burocracia y la falta de pragmatismo que prima en algunas decisiones.

Es cierto que estas reformas también incluyen una mayor apertura a la empresa privada. Ahora bien, esta apertura está concebida para funcionar en correspondencia con el sistema socialista, por lo que la envergadura de la misma y sus implicaciones sociales, así como su impacto en el régimen político, evidentemente está limitada por la escala prevista.

Creo que, a la larga, incluso evadiendo las prohibiciones norteamericanas, resultará común que un emigrado cubano invierta junto con un ciudadano del país en algún pequeño negocio, pero otra cosa es plantearse la inversión en gran escala y la propiedad privada de los recursos fundamentales del país, lo cual contradice la esencia del socialismo, como ha sido entendido históricamente por los revolucionarios cubanos.

Los *Lineamientos Económicos y Sociales* aprobados, expresan claramente que se evitará la alta concentración de capital en manos privadas. Por tanto, la propuesta de Saladrigas, orientada a incentivar las inversiones conjuntas de los capitalistas cubanoamericanos con ciudadanos cubanos aspirantes a serlo, contradice este propósito, en la medida que su destino es la formación de una nueva burguesía nativa, alimentada y, por lo tanto, dependiente del capital extranjero. Porque él y sus colegas tienen derecho a sentirse tan cubanos como cualquiera, pero sus capitales no lo son. Prueba de ello es que, en última instancia, sus posibilidades de invertir en Cuba ni siquiera dependen exclusivamente de la voluntad de cubana, sino de la ley norteamericana, que las prohíbe en cualquiera de sus variantes.

Restablecer el capitalismo no es lo que actualmente se discute en Cuba y, desde mi punto de vista, en el no reconocimiento de esta premisa radica el principal desfase de Carlos Saladrigas y su grupo. Colocado entonces ante la disyuntiva que plantea esta voluntad mayoritaria de mantener el socialismo, lo cual implica el rechazo a su disolución, ya sea por las buenas o las malas, cabe entonces preguntarle, si igual que el socialismo cubano tiene que proponerse coexistir con el empresario privado, ellos están dispuestos a convivir con el socialismo cubano. Quizás en esto radica la posibilidad de éxito del diálogo que propone, porque otra cosa solo conduce al enfrentamiento, aunque sea más civilizado y elegante que lo vivido hasta ahora.

De cualquier manera, resulta alentador que un grupo influyente de la comunidad cubanoamericana se plantee dialogar respecto a Cuba en los términos y la forma que Saladrigas lo ha hecho, alejándose de las posiciones predominantes de la extrema derecha. Ya que, lamentablemente, tampoco coincido con él cuando afirma que esta gente pertenece al pasado. Quizá no sean del futuro, pero son un presente muy tangible, que controla la vida de Miami y tiene expresión prácticamente indisputada en la actual política norteamericana hacia Cuba.

Así que, probablemente, la tarea más complicada que Carlos Saladrigas tiene por delante será contrarrestar intereses que dependen del mantenimiento de la beligerancia, para los cuales está excluida cualquier forma de diálogo con los cubanos, incluso aquellos que no desean hablar de política ni de economía; sino de cultura, deportes, religión o simplemente aspiran a reunirse con sus familiares, en un clima de paz y concordia. Ojalá que tenga éxito.

Comentarios sobre la entrevista a Saladrigas y las opiniones de Arboleya

Por Ramón de la Cruz Ochoa

Los cubanos de aquí y de allá necesitamos la polémica, pero por supuesto objetiva. Eso opinamos muchos y, por esta razón, me he decidido a tratar este tema, el cual considero importante.

La entrevista que realizó la revista *Palabra Nueva* a Saladrigas es relevante, porque se trata de un destacado representante de la comunidad cubana que reside en Estados Unidos. Para los cubanos que desde siempre hemos luchado por la unidad de la Nación Cubana, y que entendemos que sólo obligatoriamente debemos coincidir en un punto esencial, la Independencia y la Soberanía de nuestro país, es algo importante.

Hay algunos aspectos de esta entrevista que deseo subrayar:

1. Saladrigas reconoce que la comunidad cubana en Estados Unidos no es un todo homogéneo en relación al tema Cuba y hace algunas consideraciones que me parecen objetivas.
2. Acepta sus errores, incluyendo su posición poco entendible, cualquiera que sea la opinión que se tenga, de impedir el viaje de un crucero a Cuba, con motivo de la visita que el Papa Juan Pablo II realizó al país. Fue una posición, diría con todo respeto, irreflexiva y apasionada. Cualquier persona con sentido político hubiera estimulado este viaje, mucho más si se es adversario de la Revolución Cubana. Sólo esta situación puede explicarse por la ignorancia de la política y de la realidad cubana. Esto es aplicable no sólo para este caso concreto, sino para las posiciones irreflexivas y fanáticas que con tanta frecuencia ocurren especialmente en algunos sectores de la comunidad cubana residente en Estados Unidos.
3. Se destaca su interés en participar en el proceso de transformaciones que se lleva a cabo actualmente en Cuba, lo hace con humildad y enfatizando que los que están aquí son los que mejor conocen nuestra realidad. Subrayo la importancia de esta declaración.
4. Saladrigas hace sus consideraciones sobre la política económica reflejadas en los Lineamientos, con ellas se puede estar de acuerdo o no, pero lo hace con respeto. Consideraciones críticas se han hecho con entera libertad dentro de Cuba. Recomiendo un trabajo publicado recientemente en la página Web de la revista cubana *Temas*, donde, en la sección

Catalejo, el Profesor Ricardo Torres Pérez, del *Centro de Estudios de la Economía Cubana de la Universidad de la Habana*, hace reflexiones sobre este tema, que son bien agudas y polémicas.

5. Por último, me parece importante el llamado que hace Saladrigas al empresariado cubano residente en el exterior para que contribuya al futuro de Cuba. Sobre este punto, desde 1995, que se aprobó la *Ley de Inversión Extranjera en Cuba* y, después de un agudo debate, se decidió por la *Asamblea Nacional* no excluir a los cubanos residentes en el exterior. Por supuesto, en los momentos actuales, la inversión de un cubano a través de una persona natural o jurídica proveniente del extranjero, está regulada por esta Ley.

La inversión de los cubanos residentes en el país está claramente definida en los lineamientos y se está estimulando. En su desarrollo posterior, se irá definiendo su alcance. La única limitación existente, es la no concentración de riqueza, lo cual requiere, en mi opinión, una definición legal más exacta.

Por todo lo anterior considero que las opiniones de Saladrigas pueden o no ser compartidas, pero en general son serias, pueden ser debatidas y no tienen porqué de antemano ser rechazadas.

Sobre las opiniones de mi amigo Jesús Arboleya, un experto en temas de la comunidad cubana en el exterior, tengo las siguientes opiniones:

1. Arboleya expresa con justeza la adhesión de los cubanos a los principios esenciales del Socialismo, de lo cual no dudo, pero es omiso en explicar el consenso nacional alcanzado, respecto a la necesidad de cambiar o actualizar el modelo económico existente actualmente en nuestro país. La batalla por lograr este consenso, ha sido encabezada por el Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba y Presidente del Consejo de Estado y Ministros, Raúl Castro Ruz.

2. No creo que nadie pretenda situar a los empresarios privados como salvadores, pero creo que también hay consenso de que es importante la participación del sector no estatal y la inversión extranjera para desarrollar la economía del país. De una forma u otra, esto está presente en el programa de actualización económica.

3. Sobre el tema del mercado, la posición está clara, no se puede ignorar el mercado, la posición definitiva del Sexto Congreso modificó la versión original y dice claramente: "La planificación tendrá en cuenta el mercado, influyendo sobre el mismo y considerando sus características". Más claro, ni el agua.

4. Las grandes diferencias sociales, el desamparo de los más humildes es repudiado por el pueblo, pero también entiendo que hemos comprendido que el igualitarismo es dañino y no puede ser tolerado, porque trae consecuencias muy negativas que conocemos y de lo cual se ha discutido mucho en la sociedad cubana.

5. El surgimiento de un sector de la población con mejores posibilidades económicas que otros es una realidad que tarde o temprano resulta inevitable, lo importante es mantener bajo control esta situación, bajo principios de legalidad y con políticas económicas correctas, no desestimulantes. Lo importante para Cuba en estos momentos es propiciar el crecimiento económico, manteniendo las grandes conquistas de la Revolución en salud, educación y justicia social, sin el Estado abandonar ni renunciar a su papel rector en la economía, ni abandonar el control de los medios fundamentales de producción y, por supuesto, sin lesionar la Sagrada Independencia y Soberanía Nacional. Estas son mis consideraciones en este importante debate.

Saladrigas y el debate con Ramón de La Cruz

Por Jesús Arboleya Cervera

Las opiniones de Ramón de la Cruz son muy respetadas en Cuba. En sus comentarios respecto a mi artículo "Las propuestas de Carlos Saladrigas para Cuba", tuvo el cuidado de advertir que somos buenos amigos. Quizá por ello lo leyó con más ganas de lo que merecía y decidió rebatirlo a fondo en la seguridad de que, entre nosotros, no hay cabida a resentimientos o malas interpretaciones.

En realidad tales discusiones, sobre temas aparentemente vedados, ocurren con bastante frecuencia en los círculos académicos e intelectuales cubanos, incluso en el seno de las organizaciones políticas o en asambleas populares, solo que, por mucho que se les critica, nuestros principales medios informativos no se ocupan de difundirlos y, cuando salen a la luz, parecen una rareza.

Comenzaré por decir que no me considero fuera del "consenso nacional alcanzado respecto a la necesidad de cambiar o actualizar el modelo económico existente en nuestro país", como se infiere de lo dicho por de la Cruz. Al contrario, me parece que dejé claro en mi artículo que me parece indispensable para adecuarnos a la actual realidad, incluso expresé la opinión que se trata de un problema histórico al que el socialismo no ha encontrado adecuada respuesta.

Quizá donde difiere mi análisis con el de Saladrigas es que no valoro la apertura al capital privado doméstico como la medida esencial de los cambios en marcha. Me interesa más lo relativo a las reformas en el funcionamiento de la empresa estatal socialista; el estímulo a las cooperativas —que es una forma también de propiedad social—; la descentralización de la gestión estatal y el establecimiento de una clara demarcación entre la función gubernamental y la administración de los medios de producción o la entrega en usufructo de propiedades estatales —entre ellos la tierra—, con lo cual se estimula la iniciativa individual, sin que ello conlleve a la privatización del patrimonio nacional.

De todas formas, mis “consideraciones críticas” al modelo recientemente aprobado, planteadas por cierto en Cuba en las asambleas citadas por de la Cruz , no están referidas a la apertura a la gestión privada en la escala establecida, sino a que aún no está suficientemente clara la autoridad de los trabajadores y la población en general para intervenir de manera efectiva en la gestión económica, lo que considero el mejor antídoto para enfrentar las deformaciones que engendra la burocracia.

Tampoco estoy en contra de la inversión extranjera, también indispensable en las actuales circunstancias. El problema está en cómo regularla para evitar que menoscabe la soberanía del país –cosa que preocupa a Saladrigas– y el balance político interno, cosa que me preocupa a mí. Como bien dice de la Cruz , desde 1995, rige en Cuba una ley de inversiones extranjeras que, no por nacionalista, deja de ser muy amplia. Aunque efectivamente, como de La Cruz aclara, esta ley no excluye entre los potenciales inversionistas a los emigrados cubanos. Saladrigas rechaza de plano esta posibilidad, según sus palabras, “por razones éticas”, planteando la condición de hacerlo bajo otras reglas. Creo que en esta pretensión radica el meollo de la cuestión.

Efectivamente, soy menos complaciente con Saladrigas que de la Cruz , pero ello no se debe a que “rechace de antemano sus propuestas” por venir de un grupo de emigrados y mucho menos que me niegue a debatirlas, sino que las considero, más que fórmulas puramente económicas, una vía para insertarse en los cambios que están teniendo lugar en Cuba: un proyecto político alternativo y como tal deben ser discutidas. No descubro nada, el propio Saladrigas reconoce que están orientadas a “transformar el régimen cubano”, en un sentido distinto al que estoy seguro tanto de la Cruz como yo concebimos, lo cual, sí creo, está fuera del consenso existente en Cuba.

Por otro lado, tengo la impresión que la principal preocupación de la gente, tanto en Cuba como en la emigración, no es la posibilidad de que grandes empresarios cubanoamericanos inviertan en Cuba; sino que la relevancia del tema que nos ocupa radica en el interés de la mayoría por encontrar fórmulas que normalicen las relaciones entre los cubanos. Vale entonces que escudriñemos un poco más en las causas que lo impiden.

La naturaleza de la Revolución cubana definió sus metas y decantó a sus enemigos antagónicos; a saber, el poder hegemónico norteamericano y la oligarquía nativa que le servía de sustento, para la cual, impedir el logro de este proceso constituía una necesidad objetiva, toda vez que de ello dependía su propia existencia como clase. Sin embargo, otros que se sumaron a la oposición o simplemente abandonaron el país más o menos en desacuerdo con el régimen, no lo hicieron por razones clasistas de por sí irreconciliables.

Aunque es cierto que la intensidad de la confrontación condujo a posiciones generalizadoras y extremas por ambas partes, mirado desde una perspectiva histórica, entre la Revolución cubana y la mayoría de la emigración siempre ha existido la posibilidad de un diálogo para satisfacer intereses comunes, cuya realización, de forma estable y duradera, ha sido impedido por la beligerancia de la extrema derecha cubanoamericana, alimentada en última instancia por la política de Estados Unidos.

Mirado a partir de los intereses de la extrema derecha, es fácilmente comprensible su intransigencia ante la posibilidad de cualquier tipo de contactos. Para ellos, la beligerancia no solo constituye una reacción emocional, sino que de su mantenimiento depende el control económico y político sobre el resto de la comunidad cubanoamericana y su acceso a los centros de poder norteamericanos. En este caso, los medios son tan importantes como el fin en sí mismo, así que incluso el llamado “tránsito pacífico” en Cuba, queda excluido de su proyecto.

El interés por las propuestas de Saladrigas, incluso aspirando al fin del sistema cubano por otros medios, se explica porque entran en conflicto con las premisas de esta extrema derecha y alteran un estado de cosas donde el diálogo entre cubanos resulta imposible.

Al margen de las divergencias, se trata de un cambio de mentalidad que debe ser apreciado en su justo valor, sobre todo viniendo de alguien cuya posición clasista lo ubica dentro de los sectores que, hasta ahora, han sustentado esta línea beligerante, lo que demuestra que, incluso en este entorno, son posibles cambios determinados por su propia evolución histórica.

Más importante aún, Saladrigas, tal y como lo demuestran las encuestas auspiciadas por el grupo que preside, no ha hecho otra cosa que adaptarse a las transformaciones políticas ocurridas en la propia comunidad cubanoamericana, como resultado del natural proceso de renovación generacional y el impacto de los nuevos inmigrantes cubanos.

Estamos hablando de fenómenos muy complejos relacionados con el origen social y la experiencia existencial de los nuevos inmigrantes, así como el avanzado proceso de integración de la comunidad cubanoamericana a la sociedad norteamericana, lo cual tiene implicaciones relevantes para su propia identidad y sus prioridades de vida, entre las cuales se encuentra el vínculo con su país de origen.

Claro está que estos cambios también tienen expresión en Cuba. Hoy día, la sociedad cubana no percibe igual a la actual

emigración que a sus antecesores y reclama una adecuación de la política nacional al respecto. Por demás impostergable, dadas las connotaciones estratégicas que implica para el futuro mismo de la nación, la existencia de una nutrida y pujante comunidad de origen cubano radicada en Estados Unidos.

Efectivamente, Saladrigas tiene razón cuando afirma que los cambios ocurridos en Cuba y en la comunidad cubanoamericana, crean las condiciones para un espacio más inclusivo de convivencia nacional. Prueba de ello es la actual relación entre el Estado y la Iglesia católica, definida como normal por monseñor Carlos Manuel de Céspedes en la televisión cubana, aunque son conocidas las diferencias ideológicas existentes.

La verdad es que casi todos hemos cambiado algo y debemos continuar haciéndolo, sin por ello tener que renunciar a lo que somos, salvo para ser mejores. Pero la variable que se ha mantenido inalterada ha sido la política norteamericana y su expresión en la agenda de la extrema derecha cubanoamericana.

Tratar de cambiar eso puede ser un buen comienzo en el camino hacia una conciliación nacional, a la que la mayoría de los cubanos aspiramos. Sobre todo los de acá, porque en definitiva ni el Estado cubano mantiene un bloqueo económico sobre Estados Unidos, ni nunca se ha planteado invadir militarmente a Miami. De lo que resulta que, los del otro lado pueden vivir más tranquilos que nosotros, mientras las cosas se arreglan.

Debate publicado en Progreso Semanal: <http://www.progreso-semanal.com>

Para mayor información escribir a espaciolaical@arzhabana.co.cu o llamar al (+537) 8624008, extensión 126, de lunes a viernes, de 9:00 AM a 12:00 M.

La revista *Espacio Laical* puede ser vista en www.espaciolaical.org o adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso) e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

CRÉDITOS:

Equipo de redacción: José Ramón Pérez, Roberto Veiga, Lenier González y Alexis Pestano.

Diseño: Ballate